

Bunge, El erizo y el zorro

Manuel Corroza

ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico

πόλλ' οἶδ' ἀλώπηξ, ἐχῖνος δ' ἐν μέγα

*(El zorro sabe muchas cosas,
pero el erizo sabe una importante, Arquíloco)*

Arquíloco, Tolstói y Bunge

El erizo y el zorro es un elegante ensayo en el que Isaiah Berlin reflexiona sobre la obra novelada y filosófica de León Tolstói. En este texto, Berlin formula una curiosa tesis según la cual los pensadores y los artistas de todos los tiempos pueden dividirse en dos grandes grupos, de acuerdo con una particular interpretación del fragmento del poeta Arquíloco: «El zorro sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una importante». Según Berlin, el grupo de los erizos estaría formado por aquellas personas convencidas de la existencia de un principio ordenador, unificador y sistematizador de la rica experiencia de la vida humana en general. En cambio, en el reino de los zorros estarían todos los convencidos de la imposibilidad de reducir la casi infinita variedad de lo real existente a un único conjunto de categorías genéticas y explicativas.

Tolstói provoca en Berlin una gran perplejidad. Lo considera una especie de híbrido entre el zorro y el erizo, con evidente violencia hacia la biología. Aunque zorrino en su amplia capacidad de observación, análisis y desencanto, Tolstói era al parecer un erizo pasional. Lo que Berlin establece, a propósito del novelista ruso, es una divisoria diáfana entre la sabiduría y el conocimiento; la sabiduría sería el atributo del erizo, el conocimiento sería el mérito del zorro. Si Isaiah Berlin hubiera escrito sobre Mario Bunge, no hubiera dudado en clasificarlo como un erizo, por la gran coherencia de la obra del argentino y sus bien asentados primeros principios. Y sin embargo Bunge posee, en mi opinión, algo de la naturaleza del Jano bifronte en este sentido.

Sobre zorros y erizos. Tratar de resumir el pensamiento de Mario Bunge es tarea ardua, como intentar

encajar los contenidos de la *Enciclopedia Británica* en un cuento de Jorge Luis Borges. El profesor Bunge practica una modalidad de acrobacia intelectual que le permite abordar un sinfín de contenidos—«El zorro sabe muchas cosas»—de una forma sistemática, casi geométrica, encajando tales contenidos dispares en los perfiles perfectamente definidos—«pero el erizo sabe una importante»—de una soberbia urdimbre de ideas, conceptos, definiciones, teoremas, demostraciones e hipótesis.

Cientifismo à la Bunge

Al profesor Bunge le gusta hablar y escribir sobre el cientifismo. Bajo este epígrafe, el ilustre pensador argentino acostumbra a desplegar algunas de las ideas-fuerza de su pensamiento filosófico con una gran sabiduría táctica: así, las características epistemológicas de la labor científica, los criterios de demarcación entre ciencias y pseudociencias, la complementariedad entre las disciplinas científicas y las humanísticas, la acreditación científica de las ciencias sociales, el rechazo metodológico de los estudios ideográficos, el desmantelamiento argumental de los reduccionismos y jerigonzas lingüísticos, la crítica filosófica de las propuestas asistemáticas o la reducción al absurdo de las pulsiones posmodernas.

Cientifismo es, además, un término de uso habitualmente peyorativo en los campos del honor de las humanidades y en el imaginario de muchos intelectuales, académicos y gentes del común. Tal vez el problema guarde alguna relación con la naturaleza multirreferencial de este concepto y con la nebulosa de sentidos que se le atribuyen. Por todo lo anterior, se impone la necesidad de una definición de *cientifismo*



que nos permita entender a qué se refiere Bunge con este término. El propio don Mario nos obsequia con una caracterización fácilmente comprensible. Cientificismo sería, en palabras del pensador argentino, «la tesis de que todos los problemas cognitivos se abordan mejor si se adopta una aproximación científica que suele conocerse como “el método científico”, “el espíritu de la ciencia” y “la actitud científica”». Por supuesto, aquí se están estableciendo límites territoriales con respecto a las supuestas ansias totalitarias de la ciencia en la geografía del conocimiento; la preeminencia de la ciencia como herramienta epistémica no contradice la posibilidad de otras formas de conocimiento. Al mismo tiempo, el cientificismo bungeano pretende colonizar las reservas disciplinarias de las ciencias sociales, pero no en un movimiento de apropiación ilegítima o de imposición metodológica, sino a través de una perspectiva amplia y flexible de lo que es la ciencia.

Lejos de obsesiones imperialistas y apostólicas, el

cientificismo bungeano es fundamentalmente un programa *filosófico* de legitimación del conocimiento humano en todas sus facetas. En todas. Se trata de una tramoya de primeros principios de validez universal, más allá de toda duda razonable, que sirve para sostener las pretensiones de validez del conjunto de los saberes humanos y que salva los abundantes partea-guas disciplinarios y académicos que, supuestamente, separan las ciencias naturales de las ciencias sociales. El dodecálogo de los criterios bungeanos de racionalidad no puede ser más claro y conciso.

1/ El mundo real contiene solo cosas concretas (materiales): las ideas, creencias, intenciones, decisiones y cosas por el estilo son procesos cerebrales. 2/ Todas las cosas están en mudanza continua en uno u otro aspecto. 3/ Todas las cosas, y sus cambios, se ajustan a pautas, naturales o construidas. 4/ Las cosas concretas pertenecen a cinco clases básicas: física, química, biológica, social y técnica. 5/ Todas

Tratar de resumir el pensamiento de Mario Bunge es tarea ardua, como intentar encajar los contenidos de la *Enciclopedia Británica* en un cuento de Jorge Luis Borges

las cosas son, o bien un sistema (un haz de cosas unidas por algún tipo de vínculo), o bien componentes de uno. 6/ Algunas de las propiedades de un sistema son emergentes: se originan con el sistema y desaparecen cuando este se deshace. 7/ Aunque los seres humanos están compuestos de partes físicas y químicas, tienen propiedades irreductiblemente biológicas y sociales. 8/ Toda sociedad es un supersistema compuesto de subsistemas con propiedades de las que carecen sus componentes individuales. 9/ Aunque parcial y gradualmente, la realidad puede conocerse a través de la experiencia y la ideación. 10/ La investigación científica produce el conocimiento más profundo, general y preciso, aunque rara vez definitivo. 11/ Las acciones y políticas y planes sociales más responsables y eficaces se elaboran a la luz de los descubrimientos científicos. 12/ La ciencia y la tecnología progresan no solo gracias a la investigación teórica y empírica, sino también mediante la elucidación, el análisis y la sistematización de sus propios presupuestos, construcciones genéricas y métodos —una tarea típicamente filosófica—.

(Las ciencias sociales en discusión).

No se trata de aceptar estos criterios sin discusión, como si fuesen las tablas de la ley mosaica o un código legal inscrito en una estela de basalto. Los modos taxativos de la prosa de Bunge esconden siempre un trabajo de reflexión profunda y apasionada, y expuesta con una claridad tal que incita a la réplica y al desacuerdo.

Y, por supuesto, los machetazos discursivos de don Mario abren caminos y despejan itinerarios, pero también jalonan la selva filosófica con una amplia estela de perplejidades, incomodidades y desavenencias. Pero, ¿no se trataba de esto cuando hablábamos de filosofía?

Bungeana: obra académica, obra divulgativa, agit-prop

El conjunto registrado de escritos —textos académicos, entrevistas, artículos de opinión, correspondencia epistolar, memorias autobiográficas—, conferencias, discursos, cursos universitarios y entrevistas en radio y televisión constituyen una auténtica *Bungeana*, un repositorio de ideas cimentado sobre su monumental *Tratado de Filosofía Básica* en ocho tomos.

No se dejen engañar por el adjetivo *Básica*: se trata de una obra que, reconozcámoslo, intimida un poco por el uso intensivo de un formalismo lógico, algebraico y conjuntista y por su exposición de contenidos en forma de tesis, axiomas, teoremas y corolarios. El carácter fundante de estos textos ha de entenderse en buena medida por su naturaleza instrumental, ya que pretende proveer de un sofisticado aparataje formal y conceptual sobre el que desarrollar otros capítulos sectoriales de la filosofía.

Un segundo tipo de textos de la *Bungeana* serían los tratados de corte más divulgativo, pero no por ello menos rigurosos, exposiciones filosóficas que abordan cuestiones tales como el problema mente-cuerpo, la investigación científica, el realismo científico, la filosofía política, las ciencias sociales, la crisis de la filosofía actual, las pseudociencias, la economía, la psicología o la lingüística: «muchas cosas sabe el zorro», sin duda. La contundencia de la prosa bungeana permanece inmaculada en estos escritos, más accesibles y, quizás por ello, más irritantes para una amplia pléyade de biotipos filosóficos sobre los que Mario Bunge ejerce su depredación argumental.

El tercer componente de la *Bungeana* estaría constituido por todas aquellas entrevistas, artículos de opinión, discursos y conferencias en las que el polígrafo argentino expone su pensamiento cuarteándolo en píldoras de fácil —o difícil— digestión, a veces al modo de eslóganes,

aforismos heraclitianos o puro *agit-prop*; declaraciones de aristas cortantes y rodeadas de alambre de espino en las que Bunge no se abstiene de pontificar sobre cuestiones verdaderamente dispares, en una liturgia comunicativa en la que el maestro siempre ha sabido moverse con soltura, convicción y sentido escénico. Una auténtica *Philosophia Utens* de autor.

La filosofía, siempre la filosofía

Mario Bunge tiene muy claros los propósitos y las tareas que los filósofos deben acometer. Lejos de cultivar un conocimiento inútil o una retórica tan florida como dada al onanismo, la responsabilidad del filósofo es una de naturaleza muy práctica.

Para Bunge, la función de la labor filosófica como trinchera de la claridad conceptual, lógica, argumen-



Isaiah Berlin (www.flickr.com/photos/espinoza_rosique)

tal y epistemológica del quehacer intelectual es necesaria, pero insuficiente. La filosofía es algo más que un comisariado de las buenas prácticas de la gobernanza científica o humanística, y no se circunscribe solo al ámbito de los buenos modales académicos, de los diálogos imaginarios, de los experimentos mentales o de las notas a pie de página de la obra de Platón. Se trata de un trabajo de militancia social informada y transversal. En su librito *Ser, Saber, Hacer*—un denso breviario que comprime el pensamiento bungeano en apenas 150 páginas—, Bunge enumera los deberes que deberían ilustrar el íter profesional de cualquier filósofo, académico o vocacional. Y no son poca cosa, desde luego: defender la investigación básica de los ataques pragmatistas y neoliberales, defender la libertad de la investigación básica contra las restricciones impuestas por dogmas ideológicos, criticar las seudociencias y las seudotécnicas, poner al día la filosofía de la ciencia y de la técnica, retomar los ambiciosos proyectos de construir una metafísica científica, engordar a la filosofía exacta, propiciar el acercamiento mutuo de las ciencias, desarrollar la filosofía práctica a la luz de las ciencias sociales y con ayuda de métodos formales y propiciar el enfoque científico de los problemas sociales más acuciantes.

La crisis de la filosofía es una añeja obsesión de nuestro pensador, quien sostiene que la mayoría de los filósofos actuales se dedican en lo fundamental a comentar el trabajo de otros filósofos. Sea este un diagnóstico certero o no, Bunge no se empacha en enumerar algunos de los males que, en su opinión, aquejan al trabajo de su gremio profesional. Veámoslos:

La filosofía de nuestro tiempo sufre de los siguientes males: (1) reemplazo de la vocación por la profesión, y de la pasión por la ocupación; (2) confusión entre filosofar e historiar; (3) confusión entre profundidad y oscuridad; (4) obsesión por el lenguaje; (5) subjetivismo; (6) refugio en miniproblemas y jeux d'esprit [juegos de ingenio]; (7) formalismo sin sustancia y sustancia informe; (8) desdén por los sistemas: preferencia por el fragmento y el aforismo; (9) divorcio de los dos motores intelectuales de la cultura moderna: la ciencia y la técnica, y (10) desinterés por los problemas sociales.

(«Autopsia prematura de la filosofía», entrevista en

el periódico digital *nacion.com*).

Hay en Bunge una clara añoranza de la Ilustración. De una Ilustración que tal vez nunca existió como precipitado histórico concreto, pero en cuyo fermento han echado raíces algunos de los logros más apreciables de la condición humana, sean estos los avances científicos y tecnológicos o las elaboraciones intelectuales del humanismo, la democracia, la ética de los derechos humanos y el pensamiento crítico. La filosofía científica que postula nuestro autor no pretende volcarse al vacío en los logros teóricos y prácticos de las ciencias naturales, pero sí busca apoyarse en ellos para cimentar en sólidas bases el entramado de su reflexión global y para, al mismo tiempo, contribuir a la clarificación conceptual, a la pertinencia lógica y la solidez argumentativa de sus contenidos.

Vindicación de los derechos de lo real

Es posible que los debates sobre lo real comenzaran cuando alguien decidió convertir el adjetivo *real*—poco problemático, en principio— en un sustantivo mediante la adición del artículo *lo*, una forma particularmente efectiva de alquimia gramatical. Pero la discusión sobre «lo real» migró pronto desde la lingüística hacia la epistemología y de ahí a la ontología; una cinética que ha continuado hasta nuestros tiempos, aunque revestida de nuevos ropajes.

Mario Bunge, no podía ser menos, tiene un libro dedicado en exclusiva a la caracterización y defensa del realismo filosófico, *A la caza de la realidad. La controversia sobre el realismo*, un texto didáctico y exhaustivo de lectura muy recomendable. Como es habitual en él, el texto arranca con una denuncia de las posturas antirrealistas más arraigadas en la Academia para, a continuación, establecer sus propias tesis. Bunge nos ofrece una definición explícita de *la realidad* ('la suma física o mereológica de todas las cosas reales'), que equipara al «universo». Además, caracteriza lo real a través de definiciones precisas y formalizadas de las entidades que la conforman, *comocosa, hecho, materia, mutabilidad, mundo o sujeto*. Por cierto, don Mario vacila en definir la realidad como el «conjunto» de todas las cosas reales, pues en su particular oferta conceptual un conjunto es una entidad irreal y tal cosa nos conduciría a la aporía de definir la realidad como algo... irreal.

Lejos de cultivar un conocimiento inútil o una retórica tan florida como dada al onanismo, la responsabilidad del filósofo es una de naturaleza muy práctica

Bunge insiste una y otra vez en que las cosas reales son independientes de la pura y nuda *actividad cognoscente* del sujeto, sin ningún tipo de mediación física exterior a la propia actividad cerebral del individuo. Él entiende al sujeto no en el sentido berkeleyano de un perceptor solipsista, sino en el de un agente transformador cuya capacidad de agencia viene dada por las mediaciones de la interacción física con la realidad exterior.

En la caracterización del realismo como sistema filosófico, Bunge triplica la apuesta de anteriores taxónomos y propone la existencia de ¡veintiún! tipos posibles de realismo. Pero en la práctica, tal muchedumbre queda reducida a tres tipos principales —realismo ingenuo, crítico y científico— cada uno de los cuales presenta, en una matriz ecualizada, los siguientes siete realismos componentes: realismo ontológico, gnoseológico, semántico, metodológico, axiológico, moral y práctico. De los siete componentes, los que más interesan a Bunge son los tres primeros, y de ellos, el realismo ontológico (el mundo exterior existe independientemente del sujeto cognoscente) cobra la preeminencia de ser una tesis primera, fundamento y raíz de todas las demás. Pero en su articulación de la propuesta realista son igualmente imprescindibles el realismo gnoseológico, que afirma la posibilidad de *conocer* el mundo, y el realismo semántico, que reivindica la existencia de proposiciones *verdaderas*.

En definitiva, existencia, conocimiento y verdad son los pivotes que sustentan el armazón filosófico del realismo bungeano, que su autor defiende con su habitual solvencia.

...Pero el erizo sabe una importante

Es importante que nuestra recapitulación incluya una breve descripción del sistema filosófico del pensador argentino y de su propuesta de una filosofía científica. La mejor descripción del sistema filosófico bungeano la proporciona el propio pensador argentino en su libro *Ser, Saber, Hacer*, donde enumera los principios constituyentes de su armazón propositivo. Le damos la palabra.

Materialismo. *Todo cuanto existe realmente, dentro o fuera del sujeto, es material o concreto. Las propiedades no existen de por sí, sino que son poseídas por objetos, ya concretos, ya conceptuales. Tampoco hay ideas autónomas: todas las ideas son procesos cerebrales. Por ejemplo, el número tres no existe en la naturaleza ni en la sociedad; solo existe mientras es pensado por alguien.*

Sistemismo. *Todo cuanto existe —sea concreto, conceptual o semiótico— es, ya un sistema o paquete de cosas, ya un componente de algún sistema.*

Emergentismo. *Los sistemas poseen propiedades de las que carecen sus componentes.*

Dinamicismo. *Todo cuanto existe realmente cambia. Solo los objetos conceptuales (por ejemplo, matemáticos) son inmutables, pero lo son por convención.*

Realismo. *El mundo exterior al conocedor existe independientemente de este y es cognoscible, al menos*

parcial y gradualmente.

Cientificismo. *La mejor manera de averiguar cómo son las cosas, sean naturales, sociales, artificiales o conceptuales, es adoptar el método científico. Y la mejor manera de evaluar los principios filosóficos es exhibir, ya su compatibilidad con la ciencia y la técnica del momento, ya su valor heurístico en la investigación científica o técnica, ya su valor en el diseño de políticas que propendan al mejoramiento de la calidad de la vida.*

Racioempirismo. *Combinación de los constituyentes válidos del racionalismo y del empirismo. Esta filosofía aspira a ser clara, coherente e hipotético-deductiva, al tiempo que pone sus hipótesis a la prueba de los hechos.*

Exactitud. *Intenta exactificar ideas intuitivas interesantes, o sea, convertirlas en ideas que posean una forma lógica o matemática precisa.*

Agatonismo. *No hay derecho sin deber, ni deber sin derecho. Y el máximo principio moral debería ser «Goza la vida y ayuda a vivir». Es una combinación de egoísmo con altruismo, de utilitarismo con deontologismo, y de cognitivismo con emotivismo.*

Holotecnodemocracia. *Democracia integral (biológica, económica, política y cultural) informada por la moral agatonista y la sociotécnica.*

La filosofía de Bunge se presenta como un programa de acción, como una verdadera praxis filosófica enfilada al modo de un río encañonado entre el leniniano «qué hacer» y el llamamiento de Hilbert *Wir müssen wissen, wir werden wissen* ('debemos saber, sabremos'). Su sistema ofrece la impresión de estar muy acabado. *Excesivamente* acabado, tal vez, para quienes pensamos que la reflexión filosófica debería poseer también el discreto encanto del desorden, el asombro, la perplejidad, el juego e incluso de cierta trivialidad.

¿Ha cerrado la Bungeana la singladura filosófica que comenzó a la media mañana del Gran Día del pensamiento con Aristóteles —el asombro como fuente de la filosofía, tal y como recoge en sus Primeros Principios—, al llevarnos al abrigo de las preguntas transparentes y a la renuncia tanto al sentido de lo subjetivo como a las verdades sospechosamente ocultas? ¿Ha sustituido el safari filosófico por un parque temático? No exactamente. La filosofía de Bunge es una estructura epistémica cuyos andamiajes están todavía a medio poner, pero que contiene en sí misma orientaciones e instrucciones suficientemente detalladas como para permitir un autoensamblaje bastante completo. Lo que Bunge ha hecho es definir con precisión los límites teóricos y prácticos de su propio sistema y permitir que los problemas y las líneas de avance queden formuladas de acuerdo con su particular taxonomía conceptual, con sus herramientas inferenciales y con su equipamiento argumental. La filosofía bungeana es una filosofía sistemática, pero abierta, que establece desde el principio sus pretensiones y que se permite concretar minuciosamente los problemas más importantes que decide afrontar. Remite de continuo a las necesidades formativas especializadas de quienes

hayan de filosofar sectorialmente (sobre física, biología, neurociencias, computación, política, sociología, antropología, lingüística...), porque fía buena parte de sus contenidos al dominio de la lógica y a la destreza algebraica; y porque, en definitiva, trata de elevarse sobre los gigantescos hombros de las grandes ciencias humanas y no intenta salir de la ciénaga tirando hacia arriba de los cordones de sus botas, al modo del barón de Münchhausen.

Para terminar

Toda la obra filosófica de Mario Bunge parte de la convicción de la posibilidad de un conocimiento cierto, aproximativo y mejorable de la realidad física y humana, a partir del descubrimiento y de la formulación de leyes y regularidades de carácter general y de la presentación de los problemas en términos de conceptos generales significativos y, sobre todo, *representativos* de ciertas multiplicidades (ya sea de átomos en una molécula, de individuos biológicos en un bionicho o de personas en una sociedad determinada) y de las interacciones entre los elementos de aquellas. Bunge no intenta diseccionar la subjetividad fundante de las personas, porque él es un pensador objetivista, un heraldo de la transparencia. El materialismo bungeano contempla cinco niveles emergentes de realidad —físico, químico, biológico, social y cultural— con propiedades fenoménicas y nomotéticas propias y, por eso mismo, abordables desde perspectivas científicas informadas y dirigidas por un trabajo simultáneo de desbroce, trazado y enlosado filosófico: la filosofía, de uno u otro modo, es el pavimento por el que la labor científica se ve obligada a transitar.

Bunge muestra un empeño más que solvente en propiciar un *locus* indudablemente práctico a la filosofía a través de una propuesta de desafíos que la despierten de su ensoñación académica, que la liberen de su esclerosis escolástica y que la sacudan de su sopor autorreferencial y de su estancamiento.

¿Por qué apreciamos tanto a Mario Bunge, en definitiva? Quizás una de las razones más poderosas sea la claridad expositiva de su pensamiento y de sus propuestas teóricas, prácticas y éticas. La claridad es la

cortesía del filósofo, decía el español Ortega y Gasset, y en el caso de Mario Bunge, esta transparencia implica algo más que una cortesía. Implica un desafío. Bunge nos emplaza a no estar de acuerdo con él, casi nos provoca a disentir de sus puntos de vista. Y ahí reside la dimensión del desafío: cualquier alternativa a las formulaciones del pensamiento bungeano deberá tener, al menos, el mismo soporte argumental, lógico y racional que estas. Mario Bunge se ha embarcado en la tarea de iluminar una voluntad indomable con una inteligencia ilustrada, enfática y segura de sus posibilidades. Una inteligencia que en modo alguno va a transigir con el pesimismo racional sino que, segura de sus fuerzas, será capaz de vislumbrar las posibilidades del conocimiento humano con la furia y la determinación de un Prometeo desencadenado.

Para leer más

Mario Bunge, *Treatise On Basic Philosophy*, D. Reidel Publishing Company, Dordrecht - Boston, 1974-1989. La obra magna del filósofo argentino, parcialmente traducida al español por Gedisa. La editorial Laetoli prepara la traducción del resto de los libros del *Treatise*.

Mario Bunge, *Ser, Saber, Hacer*, México D.F., Editorial Paidós Mexicana, S.A., 2002. Tal vez el compendio más acreditado del *Treatise*, una pequeña guía de campo para transitar por el pensamiento filosófico de Bunge.

Mario Bunge, *Las ciencias sociales en discusión*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

Mario Bunge, *100 ideas. El libro para pensar y discutir en el café*, Editorial Laetoli, Pamplona, 2006.

Mario Bunge, *A la caza de la realidad. La controversia sobre el realismo*, Editorial Gedisa, Barcelona, 2007. Un texto imprescindible para comprender la posición de Bunge sobre el realismo ontológico.

Isaiah Berlin, *El erizo y el zorro*, Barcelona, Ediciones Península, 2016. Un ensayo muy bien escrito, desarrollado con una gran elegancia estilística. Una muestra significativa de la profundidad y erudición presentes en la obra de Berlin.

**¿Por qué apreciamos tanto a Mario Bunge, en definitiva?
Quizás una de las razones más poderosas sea la claridad
expositiva de su pensamiento y de sus propuestas teóricas,
prácticas y éticas**